

## ALÉTHEIA

¿Qué tipo de historia podría imaginar yo, siendo menos que un joven bosquejando un hogar por el firme camino de la vida? No resulta difícil *desocultar* —revelar— que mi incapacidad para describir la realidad en palabras exactas será un revés a la hora de ver la *verdad* de este relato. Pero confío. Espero que el desocupado crea esta historia con su culta imaginación. Así, no acabará como tantas otras, aprisionadas por las fauces de nuestro padre Ankylometes, quien nos devora sin atisbo de compasión en su filicida mirada.

Al final de aquel día me encontraba intentando, sin éxito alguno, ordenar mis ideas en guarismos comprensibles. Aquella tarde había terminado mi trabajo de investigación y aquella vida estudiantil se empezaba a desvanecer tras los fríos, gélidos vestigios de mi futuro. ¿Qué iba a hacer ahora? Las sempiternas calles de la cinérea ciudad hervían por mi cabeza: el graznido de los cuervos, los destellos de las luces, las fragancias de la flora... Una dulce mezcla compuesta por la fugacidad de la noche y la serenidad del hogar. Porque no era una noche de tristeza. La sentía como la última calidez del octubre pirenaico, verde marchando de la coyuntura, que recuerda nuestro cíclico porvenir, retrocando en su avanzar, avanzando en su retrocar. Así era aquella noche.

Dormía la cándida ciudad en recuerdo de su santo decapitado. Caminaba aún por su gris cemento, aquel de mi infancia y juventud, inexorable. ¿Eran tan grises las calles? Bueno, se asemejaban según la hora al blanco color, pero eran de ceniza igualmente. Mientras mis zapatos me arrastraban por el vetusto lugar, me pareció ver unos destellos en el cielo; pero no, eran más farolas. Era claro que las cándidas farolas impedían ver cualquier luz. Aun así, la sensación mayestática era la de tranquilidad, de una que hacía tiempo no era capaz de sentir, digna del final de una etapa. Fue cuando ya habían sido caminados unos doce transeúntes de la acampanada ciudad —que admiraban cada uno, más que el anterior, los frutos del árbol que apenas mantiene y condena a penas— que mi vista impactó en un alma tranquila, sentada. Solitaria la señora, no parecía preocuparse por nada. Su mirada no era como la de los demás: era una mirada... ¿perdida? No, estoy seguro de que en ningún momento lo estuvo. Era otra. Tenía aquel iris que tienen las personas que, tras haber visto más horrores que los propios de ser humano, *revelan* sus más ocultos sentimientos.

¿La ignoraba? Ya nadie en esta gris ciudad se acerca a preguntar «¿cómo estás?» cuando piensa que alguien está mal. Eso está pasado de moda. ¿Entonces seguía adelante? Las posibilidades revoloteaban por mi cabeza como mirlos, alondras y gorriones; así que no encontré mejor resguardo que la impulsividad. Me acerqué: clavó en mi pupila su pupila azul. Paré. ¿De qué mundo venía esa anciana? Ahora contemplaba mejor sus colores: pardos todos, firmes, nigérrimos. Sentía su tela como se siente el algente noviembre de Costa Azul, donde las olas devoran cada vez más y más oscuras, mientras desaparecen los últimos risueños sueños de una vida de ensueño que hasta hace poco pervivían, tiñendo durante su éxodo las playas de melancolía y desolación bajo la lluvia y el mistral. No encajaba ni con el ambiente tórrido invernal ni con la ciudad: ¿quién era esa señora?

Intenté charlarle de lo primero que se me ocurrió, pero no parecía ser suficiente para derretir el hielo que la aislaba del mundo y su helado futuro. Fue en ese momento que exhaló, compuso y marchó:

—Esas doce personas avanzan, pues no son más que creyentes del lejano faro, aquel del que nos creemos ajenos al interpretar su fulgor. Él creía en la luz verde, el futuro orgásmico que año tras año *recede* tras nosotros. Nos eludía entonces, pero eso es irrelevante. Mañana correremos más rápido, extenderemos nuestros brazos más lejos... Y una buena alba, esperamos que algo cambie.

No podía creerlo. Copiar literatura no es nocivo *per se* —de hecho, gran parte de la poética se basa en ello—, pero calcar metáforas enteras para explicar algo es un límite, sobre todo si son de tal peculiaridad. ¿Quién se creía esa mujer? ¿*Max Estrella*? No había hecho más que decir sesenta y tres palabras, pero ya podía escribir un *Quijote* entero sobre ella. ¿Estaba pensándolo demasiado? En todo caso, le respondí sin respuesta y dejé que se explicase. Tic, tac... tic, tac. No lo hizo. En la profundidad del silencio, me resigné a pensar con más detenimiento: ¿se refería a las personas que pasaban por la zona, *verdad*?

Esas personas, ¿qué sentirían si escuchasen la frase que acababa de recitar? Sabía la respuesta. Sabía que ni se inmutarían. Si alguien prestó su oído siguió caminando hacia más cándidas farolas: dudé si debía hacer lo mismo. ¿Tendría algún tipo de demencia esa señora? Eso pensé, pero sus ojos, a diferencia de los míos, ellos no dudaron en ningún momento. Sus estáticas pupilas estocaban en mis pensamientos con precisión de cirujano, cual ropera cual espadín, perforando más allá de lo que soy capaz de describir. Toda esa sensación era...

real. Se erizaba cada punta de mi piel, cada vello de mi cuerpo, ante su presencia. Una pregunta monopolizó los segundos: ¿eso... acaso me encontraba ante un ser humano?

No sabía qué hacer, ¿me alejaba? ¿permanecía inmóvil? Toda opción parecía acabar en tragedia, y no quería aparecer en una hemeroteca como víctima de lo paranormal. Aun así, por vencido no me daba: quizá mis ansias de vivir historias como futuro filólogo me hacían alucinar y, juntamente con la fatiga que cargaba, habían provocado esa situación. Realmente solo había dicho sesenta y tres palabras, cómo iba a descubrir la *verdad*, ¿*verdad*?

—Y en vano —siguió de repente— el soñador repasa sus antiguos sueños, como si buscando en el futuro una chispa entre las brasas, avivarlas hasta llamas, calentar su frío corazón en la llama reavivada, y despertar en él de nuevo todo lo que era tan dulce, que tocó su corazón, sacase lágrimas de sus ojos. Ellos eran lejanos a aquel faro, ¿eres tú lejano a estas palabras?

Primero un americano, ahora un ruso... «*Des de Spes fins a Godot, una anàlisi de l'evolució del concepte d'esperança en la literatura occidental.*» Sí, ese era el título del proyecto de investigación del que me había liberado aquella misma tarde. Esas frases... eran de las que había seleccionado. No había duda. Así pues, la duda de tal falta de dudas era clara: ¿cómo? ¿Cómo tenía acceso? No lo había leído aún nadie con el sentido del humor tan retorcido como para planear que me encontrase a su abuela a las doce y doce minutos de la noche, pero las consecuencias de descartarlo eran devastadoras. Cuando se elimina lo imposible, aquello que queda, por improbable que parezca, ha de ser la *verdad*, ¿*verdad*? Siendo así, ¿esa era la *verdad*? ¿Lo había conseguido *revelar*? En ese momento, llegó mi momento: solté mi inquisición entera sobre ella («¿*Quién te ha mandado a hacerme esta broma? ¿Y cómo has conseguido asustarme tanto? ¿Y...?*»).

Pero no me respondió a ninguna, pues era curiosidad impertinente. Se liberó de su hábito, abrió la mirada hacia adelante y, con un espejo, reflejó la luz lunar sobre mis ojos. Sentí esa luz parda como una renovación de falanges a cráneo. La sentí como el atemperado diciembre alpino que, siendo pasado el frío futuro y el caluroso presente, espesa su paisaje con cientos de nuevas esperanzas, enfilándose cada una por sus montañas, a fin de escalar hasta el ápice de sus vidas. Al abrir los ojos ya no estaba: se había extinguido frente a mi vista.

Ahora lo imposible era improbable, y lo improbable imposible: desaparecía delante mía la señora al final del día. No podía negarlo: lo que había visto hacía unos instantes (*aunque, como todo recuerdo obtuso que nuestra mente recoge, dudo si fue sueño*) era la *alétheia*, mucho más negra de lo que pensaba, pero la respuesta era *Alétheia* al final del día. El lugar, su aspecto, mi terror... ¿Así es la verdadera verdad? Lo único que acabé ordenando esa noche fue que el contrario debe de ser grotescamente cándido.